



Reseña de FORSSBERG, A. M. (2016). *The story of war. Church and propaganda in France and Sweden 1610-1710*. Lund. Nordic Academic Press. 287 páginas, ISBN 978-81-88168-66-5.

**Mario Luis López Durán**

Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina.  
marioluislopezduran@gmail.com

Recibido: 28/05/2018.

Aceptado: 19/06/2018.

Toda guerra es un proceso traumático para las sociedades afectadas por ella. A lo largo de la historia, los enfrentamientos entre bandos opuestos han tenido profundas repercusiones en la vida cotidiana de quienes no se movilizaban hacia el frente y estaban a la expectativa de lo que allí sucedía. En este sentido, la Edad Moderna no fue una excepción: ya fuese a través de los reclutamientos, impuestos extraordinarios o permanentes préstamos, la coyuntura bélica implicaba una rápida adaptación por parte de todos los sectores de la población involucrada. Como corolario, tamaño esfuerzo implicaba justificar el ataque al enemigo. Mientras más creíbles fuesen los argumentos esbozados por el rey y las élites, mayor sería el compromiso de los súbditos. A partir de dicho argumento, Anna Maria Forssberg analiza en su último libro las formas de legitimación de la guerra en las Monarquías de Francia y Suecia durante el siglo XVII; más específicamente, entre 1610 y 1710. Al respecto, Forssberg sostiene que el rol de la propaganda fue fundamental para los soberanos de la época, preocupados por aunar el mayor apoyo posible. Más aún, el papel de ambas iglesias nacionales fue determinante a

la hora de comunicar a los fieles: mientras que en el caso francés era a través del denominado *Te Deum*, el sueco consistía en la celebración del día de acción de gracias o *Tacksägelsedagar*. La autora distingue tres unidades temáticas a lo largo del libro: en primer lugar, cómo se anunciaban los hechos en el campo de batalla; luego, las celebraciones llevadas a cabo si los ejércitos salían victoriosos y, por último, de qué manera eran narradas las contiendas en el futuro inmediato.

La primera sección del libro denominada *Information* consta de cuatro capítulos. A lo largo de dichas secciones subyace la idea de que en ambos contextos existían diversos mecanismos a través de los cuales las élites y agentes reales se comunicaban con el pueblo. Aunque informales en su mayoría, estos medios (edictos, proclamas y discursos públicos, etc.) eran considerados útiles para la circulación y difusión de las últimas noticias. Sin embargo, diferencia los procesos francés y sueco según el desarrollo del *information system* en cada unidad política. Una de las instancias más habituales en ambas monarquías eran las asambleas representativas; no obstante, los Estados Generales no fueron convocados entre 1614 y 1789 mientras que en Suecia el llamado de las asambleas del reino fue permanente y contaba con la participación de los campesinos como cuarto estado. Diferencias como la descrita con anterioridad también se manifestaban en el rol de la Iglesia, institución que a lo largo del siglo XVII tuvo un papel central en la transmisión desde los púlpitos mediante los llamados para el reclutamiento, la lectura de sermones o el anuncio de nuevas regulaciones comerciales, entre otros. La Iglesia sueca, luterana, era el canal principal entre el rey y sus súbditos: desde leyes hasta anuncios generales, los sacerdotes cumplían una función imprescindible. Por el contrario, Forssberg atribuye al absolutismo francés una tendencia a limitar el poder de los eclesiásticos debido a que desde la monarquía se pretendía centralizar la comunicación y no delegar la tarea en cuerpos que pudiesen, en el largo plazo, adquirir mayor jerarquía y reconocimiento. Por último, la autora describe ciertas especificidades en cada uno de los contextos analizados. Sostiene que en el caso sueco el *royal printer* cumplía la función de publicar el "official newspaper" (pág. 35) y panfletos, aunque en su mayoría el sistema de difusión local dependía de los documentos manuscritos y la transmisión oral. En cambio, la realeza francesa tenía en *La Gazzete de France*, diario creado por Théophraste Renaudot en 1631 que contó con la aprobación del cardenal Richelieu, un medio ideal para comunicar.

Con todo, el punto central de la primera sección es la exhaustiva comparación que Forssberg lleva a cabo en relación al modo en el cual se notificaba al pueblo de los triunfos y sitios durante la Guerra de los Treinta Años (1618-1648). La historiadora destaca que ni Francia ni Suecia participaron desde el comienzo en la contienda, sino que lo hicieron a partir de 1635 y 1630, respectivamente. Asimismo, los frentes del ejército sueco se limitaron al Impero y al reino de Dinamarca, a diferencia de las tropas francesas que se expandieron por los territorios itálicos, el norte de la Monarquía de España y Flandes. Si bien dichos contrastes parecerían inocentes, Forssberg demuestra que los mismos influían en la concepción que se tenía de la guerra y cómo eran imaginados o recreados los enfrentamientos desarrollados en regiones alejadas. Podría esbozarse, entonces, un esquema sobre el proceso que comenzaba con una victoria militar en una pequeña ciudad perdida y que finalizaba en los hogares más humildes del reino. Tras vencer al enemigo los mensajeros informaban a los monarcas sobre todo lo acontecido: estandartes recuperados, bajas causadas o ciudades reconquistadas al igual que cuántos soldados habían muerto durante el combate, el estado de las fuerzas y las posibilidades de reagruparse con celeridad. Empero, se advierte lo sesgados que eran los comunicados elaborados por las élites cuyo fin era transmitir las últimas noticias: los obispos y sacerdotes que ejercían de voceros difundían únicamente aquella información que engrandecía al ejército del reino y destacaba a los grandes hombres. De forma que las novedades comunicadas no hacían referencia a las dificultades en el frente, las pésimas condiciones en las que se encontraban los soldados, la escasez de insumos básicos o las derrotas. Como consecuencia, el relato que llegaba a los oídos de campesinos y artesanos ocultaba parte de lo sucedido; era una estrategia consensuada entre el rey y sus colaboradores más cercanos para no perder legitimidad.

La segunda sección del libro describe de qué forma eran celebradas las victorias en las ciudades de las dos Monarquías en cuestión. La lectura de los capítulos que componen el apartado permite observar que el análisis de la autora se ciñe a las acciones de la Corona, los nobles y el personal eclesiástico de mayor jerarquía. Por lo tanto, Forssberg no considera las reacciones de los sectores populares y se limita a describirlos como meros oyentes pasivos de las ceremonias religiosas que se llevaban a cabo en catedrales y que constituían el centro de atención durante los días posteriores a un triunfo. Así, la observación de ambos rituales, el *Te Deum* y el *Tacksägelsedagar*, es

útil tanto para analizar las costumbres de la época como para indagar en las estructuras sociales arraigadas que se reproducían al festejar los éxitos militares. En efecto, el análisis de los textos (testimonios y edictos) revela la trascendencia que adquiría para las élites el sitio en el que debían sentarse y la distancia que los separaba del rey y sus más cercanos colaboradores. La trascendencia era todavía mayor al momento de ingresar a la iglesia: a sabiendas de que el soberano era el último en hacer su entrada, los magistrados y miembros del Parlamento discutían sobre quiénes eran aquellos que tenían derecho a ingresar previo a él, razón por la cual se multiplicaban los conflictos pocos días antes de las celebraciones. Así, situaciones como éstas demostraban que la jerarquía era un aspecto central en la sociedad europea del siglo XVII y que todo festejo público servía para reforzar los abismos que existían entre los diferentes sectores que la integraban.

A pesar de que el orden social era respetado en ambos reinos, Forssberg deja entrever una característica de la realidad sueca que no estaba presente (o al menos no era evidente) en el caso francés. Durante todo el siglo XVII, la historiadora entiende que los días de acción de gracias forjaron con lentitud una conciencia nacional y la noción de "comunidad" adquirió preeminencia. Tal situación se debía a factores que podían pasar inadvertidos para los asistentes pero influían notablemente, como por ejemplo el hecho de que todos los presentes en el *Tacksägelsedagar*, rey y súbditos, se unieran al momento de cantar los salmos. Además, las fuentes suecas no mencionan quiénes eran los que se movilizaban hacia la iglesia o su disposición dentro de la misma. De forma que Forssberg sostiene que el objetivo último del *Te Deum* era recordar quiénes pertenecían a los sectores más altos de la sociedad. Según su análisis, la celebración de las victorias eran excusas para reafirmar un orden que se pretendía inmutable.

Finalmente, la tercera sección de la obra detalla el modo en que las batallas eran narradas y cómo los relatos alteraban la realidad de los enfrentamientos. Según la autora, los textos oficiales enfatizaban el papel de dos personajes en el contexto bélico: Dios y el rey. Sin embargo, se observan diferencias. En Suecia predominaba la idea de que la guerra era un castigo divino debido a los pecados cometidos. En Francia, al contrario, los súbditos eran interpelados para rezar por los ejércitos reales; además, en el discurso francés aún no se había conceptualizado un "nosotros": era notoria la diferencia entre el monarca y el resto de la población. En ambos sitios era el soberano quién

decidía el comienzo de la contienda, quién esbozaba las razones para entrar en liza. La mención de Dios era sólo en virtud del apoyo que brindaba a los soldados, asegurando la victoria. En síntesis, los *casus belli* eran políticos, pero el éxito se debía a la intervención divina. La figura real también difería. En primer lugar Forsberg indica que los textos gubernamentales franceses estaban escritos en primera persona, mientras que los suecos se expresaban en tercera persona. La gloria (como concepto abstracto) es otro de los aspectos en los que se hallan diferencias: en el caso galo, la gloria pertenecía al rey; en el caso sueco, a Dios. Además, la religión jugaba un rol fundamental. En Francia el monarca era visto como el nexo entre Dios y sus súbditos, idea que contrastaba con el luteranismo sueco a través del cual todos los individuos tenían una relación personal con Dios.

Por otro lado, una parte importante de esta sección es dedicada a analizar la percepción del enemigo en los documentos oficiales. No abundaban las descripciones negativas u ofensivas del oponente; de hecho, éste era descrito como una amenaza, como potencial peligro en un futuro lejano. Se representaba a las fuerzas del adversario como fuertes, numerosas y bien equipadas. En términos morales las mismas eran consideradas arrogantes, imprudentes y celosas, al mismo tiempo que impedían la firma de tratados de paz. No se hacía referencia a actitudes violentas o crueles en las mencionadas fuentes, aunque sí se destacaba que el bando opuesto había tenido mayor cantidad de bajas. Tampoco se mencionaban las muertes de civiles ni los abusos cometidos por los soldados. Por todo lo expuesto, Forsberg concluye que "the reality of fighting, the infernal chaos of blood and screams, was not described" (pág. 178). En otras palabras, y en estrecha relación con lo señalado en la primera parte del libro, la imagen de la guerra que se transmitía era idílica, en la que la valentía e inteligencia reales, sumado a los buenos augurios divinos, resultaban suficientes para derrotar a un enemigo que, si bien poderoso, adolecía de una buena conducción y del apoyo de Dios.

Por último, la autora responde a uno de los interrogantes iniciales del texto, este es, por qué extiende su estudio hasta 1710. ¿Qué tuvieron de particulares los primeros años del siglo XVIII en Francia y Suecia? En base a los argumentos esbozados, la respuesta radica en que a partir de dicho momento cambió de forma radical la difusión de las noticias. La Guerra de Sucesión Española (1701-1715) marcó un antes y un después en la vida política francesa. Al igual que en el siglo XVII, las cartas leídas

durante el *Te Deum* relataban exclusivamente las victorias, que a partir del año 1709 comenzaron a ser esporádicas. A los desastres militares se sumaban las sequías, el descontento general y la debilidad de la monarquía. Sin embargo, un cambio se produjo en la relación entre el rey y sus súbditos. A diferencia de ocasiones anteriores, Luis XIV pretendía que éstos supiesen qué era lo que estaba ocurriendo y los avances en los tratados de paz. La guerra ya no era percibida como una empresa real, sino como un proyecto compartido que implicaba sacrificios y adversidades: el pueblo era interpelado como un actor que merecía una explicación. Se torna evidente cómo la "1709 crisis" (pág. 193) alteró el modo en que la cuestión bélica era tratada. Asimismo, la mencionada crisis también afectó al reino sueco. Entre 1700 y 1729, Suecia enfrentó a Rusia, Dinamarca y el reino de Sajonia (entre otros) en la denominada Gran Guerra del Norte. A partir del año 1709, en el cual el ejército sueco sufrió numerosas derrotas, la propaganda se tornó negativa y pesimista. La ausencia de la figura del monarca (o la pérdida de su centralidad) en los textos oficiales, así como también el hecho de que súbitamente se detuvo el flujo de información permanente a la sociedad catalizó la utilización de otros recursos para aunar esfuerzos, entre ellos, un incipiente patriotismo.

En resumen, el estudio de Forssberg es provechoso en la medida que analiza un aspecto de la guerra que suele ser relegado para las investigaciones de la época: la propaganda. Mediante diversas fuentes (discursos, canciones, testimonios, etc.) logra describir con detalle la manera en que las incursiones eran legitimadas, aunque enfatiza el accionar de una institución en particular, como es el caso de la Iglesia. Toma a los Monarquías de Francia y Suecia como objetos de estudio y esboza dos modelos antagónicos. Sin embargo, en ambos casos se transmitía una imagen sesgada de las batallas, destacando victorias, sitios y omitiendo bajas y derrotas. El rey ocupaba un lugar central en los relatos, aunque Dios siempre era quien instaba a los soberanos para que firmaran la paz y pusieran fin a las calamidades. A partir de 1709 la historiadora nota un cambio que, no obstante, fue breve. Tras las dificultades originadas por la Guerra de Sucesión Española y la Gran Guerra del Norte tanto el *Te Deum* como el *Tacksägelsedagar* volvieron a su formato original. Este "historical parenthesis" (pág. 211) no logró modificar el modo en que las guerras eran narradas: pervivió la imagen de éstas como una historia de éxito y gloria real.